

el terror que infundía por todo el reino, y el temor que su extraordinaria superioridad inspiraba á sus compañeros, era causa de que fueran aprobadas todas sus proposiciones (6). Dirigia hácia un mismo fin los medios más diferentes, sabiendo seguir un pensamiento sistemático y transigir no obstante con los hechos. A pesar de aborrecer á las dos casas de Austria, se acercó á ellas siempre que lo consideró útil para el interés supremo de destruir todo obstáculo que se opusiera á la unidad real, toda traba á los derechos del trono. Para lograrlo fué menester carecer de entrañas y no contar las víctimas. No teniendo enfrente de su persona ni un gran hombre, sino gentes de capacidad mediocre ó la anarquía, menospreció á sus enemigos, y esto le condujo á abusar del poder. Pintóse á sí propio diciendo: «No me atrevo á hacer cosa alguna sin pensar bien en ella; pero una vez tomado un partido, marchó en derechura á su logro; derribo, tajó, y después lo cubro todo con mi roja vestidura.» Siempre tenía encima de su bufete á Maquiavelo y el breviario. Se servía de sus aliados como de instrumentos, á fin de sacrificarlos tan luego como cesaban de serle necesarios. Cuando Maria de Médicis hizo que fuese nombrado cardenal, Richelieu la dijo: «La púrpura que debo á la benevolencia de vuestra majestad, me recordará de continuo el voto que tengo hecho de verter mi sangre en su servicio.» Sin embargo, no tardó Maria en apercibirse de lo mucho que se había engañado al creer que podía reinar con su ayuda: entonces le echó en cara aquellas espresiones, como si el agradecimiento pudiera detener á un ambicioso en el terrible camino en que está empeñado.

Para recorrerlo, para consolidar el orden interior y la nacionalidad, era menester anonadar á la aristocracia y á los calvinistas, el pasado feudal y el porvenir republicano. La última paz ni aun siquiera había suspendido las discusiones, porque debían durar con los reformados todo el tiempo

(6) Mad. de Motteville habla de Richelieu con una profundidad de juicio, que en una contemporánea sorprende agradablemente. «A pesar de sus defectos, fuerza es decir que fué el primer hombre de su tiempo, y que los siglos pasados no tienen quien le supere. Su máxima era la de los tiranos ilustres; establecía sus proyectos, sus pensamientos, sus resoluciones sobre la razón de Estado y el bien público, á que no prestaba atención sino en lo que aumentaban la autoridad y los tesoros del rey: quería hacerle reinar sobre el pueblo, y él reinaba sobre su soberano. La muerte ó la vida de los hombres no le hacían mella, sino con relación á los intereses de su fortuna y de su grandeza de la que consideraba que dependía enteramente la del Estado: bajo pretexto de conservar la una por la otra, no hacía escrupulo de sacrificarlo todo á su conservación particular... Fué el primer favorito que tuvo valor para humillar el poder de los príncipes y de los grandes tan perjudicial al de los reyes, y el que tal vez con el deseo de gobernar solo, destruyó todo lo que podía ser contrario á la autoridad real.»

que conservaran sus prerogativas anárquicas, así militares como administrativas. En la asamblea de 1621 publicaron una declaración de independencia, repartiendo en ocho círculos las setecientas iglesias reformadas de Francia, reglamentando las exacciones de hombres y de dinero, constituyendo, en una palabra, la república protestante. Hasta se ofrecieron cien mil escudos á Lesdiguières porque se pusiera al frente de ellos. Pero contando á la sazón ochenta años, y teniendo en el Delfinado un pequeño reino, se negó á admitir el mando de tan indisciplinado ejército.

Si Luynes había pensado en quitar á los protestantes sus propiedades, Richelieu quería sus plazas-fuertes. Habiendo, pues, ganado á Inglaterra y á Holanda, cuya amistad los sostenía, á bordo de los bajeles de estas naciones protestantes, hizo conducir los soldados para atacar la Rochela, también protestante. Fueron batidos los hugonotes, y se les concedió la paz sin inquietarse, porque le llamaban papa de los calvinistas y patriarca de los ateos, con tal de que pudiera acudir adonde le reclamaran las nuevas necesidades del reino.

Entretanto continuaba en Alemania la guerra de los Treinta Años. La Valtelina, pequeño país situado entre la Lombardia, los Grisonos y el Tirolo, codiciado siempre por el Austria, como eslabón entre sus posesiones de Alemania y de Italia, hubiera pasado entonces de los Grisonos á la España, á consecuencia de la revolución que en otro lugar dejamos narrada (7), si la oposición de Luis XIII no hubiera conseguido que se diese en depósito á Urbano VIII. Pero apercibiéndose el cardenal, aliado de los protestantes, de que España intrigaba en Roma, dirigió tropas contra el papa, «á fin de hacer á Urbano menos indeciso, y á la España más tratable.» é hizo invadir el valle por el príncipe de Rohan: luego, según los términos del tratado de Monzon entre la Francia, la España y Roma, fué restituido á los Grisonos calvinistas; tanto se había emancipado la política de las ideas religiosas!

Enseguida se reanimó la guerra en Italia por la sucesión de Mantua, disputada al duque de Nevers por la Saboya y por España. Llevóse entonces el país á sangre y fuego: el rey pasó triunfante dos veces los Alpes. Hasta Richelieu se mostró cubierto con la armadura. Por último, los tratados de Cherasco y de Millefleurs pusieron fin á las hostilidades, asegurando el ducado de Mantua á los príncipes de Nevers, y quitando á la Saboya el Pignerol, que abría á los franceses un acceso á Italia.

Cárlos I de Inglaterra había enviado como embajador á la corte de Francia á Buckingham, su favorito. Este señor, magnífico y galante, osó mostrarse enamorado de la reina, y fué despedido, rompiéndose las negociaciones. Para vengarse Buckingham, escitó á su soberano contra la Francia,

(7) Véase la pág. 78.

y de aquí resultó la tercera guerra contra los hugonotes. Habíase sublevado la Rochela, su último baluarte, confiando en la ayuda de Inglaterra: Guiton aceptó allí el mando á condición, dijo, *de que le era lícito clavar su puñal en el corazón del primero que hablara de rendirse, y de que hicieran con él lo mismo, si proponía capitular.* Mientras duró la guerra, permaneció el puñal sobre el tapete que cubría la mesa del gran consejo. Richelieu fué en persona á asediar la plaza; pero la nobleza obedecía de mal grado, conociendo que una vez libre Richelieu por aquel lado, se volvería contra ella. Se defendieron los hugonotes con un valor sin igual, en medio de los horrores del hambre. Respondiendo, en fin, los ingleses á su llamamiento, se adelantaron para socorrerlos; pero no obraron con bastante resolución, y Richelieu, como hizo Alejandro en Tiro, cerró el puerto en el Océano por medio de un dique de 4,500 piés de longitud. Reducidos, por último, á desenterrar los cadáveres para comérselos, y no quedando más que en número de cinco mil hombres, de veinte y seis mil que eran, se vieron obligados á ceder los hugonotes, y hasta Guiton dijo al rey, presentándole las llaves de la ciudadela: *Señor, es más glorioso para nosotros obedecer al rey que ha sabido tomar nuestra ciudad, que lo que es para el rey que no ha sabido socorrerla.* Las fortificaciones de la Rochela, que hacia dos siglos protegían la última independencia nacional, fueron arrasadas. Los demás rebeldes fueron apoyados por la España, olvidada de su título de católica; pero el orgulloso príncipe de Rohan acabó por someterse (8), y los protestantes quedaron despojados de las plazas de seguridad que Enrique IV les había concedido, ora por necesidad, ora por generosidad imprudente.

Faltaba triunfar de la corte y abatir á los príncipes y á los grandes que se creían independientes en sus Estados ó conmovían al palacio real, y poner bajo el dominio de la ley aun á los más elevados. Para obtener el asentimiento general, Richelieu convocó la asamblea de los notables (2 de diciembre de 1626), y les espuso el deplorable estado de la Hacienda, indicando los medios de remediarlo. Estos consistían especialmente en abolir los grandes empleos, en redimir los dominios reales

(8) Habiendo establecido las tropas reales su campo delante de Saint-Jean d'Angely, ciudad municipal defendida por Rohan-Soubise, y el heraldo con una sobrevesta sembrada de flores de lis, se presentó en las puertas, y solicitó hablar á M. de Soubise en nombre del rey. Adelantóse el demandado hácia el muro, y el heraldo le dijo: «Benjamin de Rohan, el rey, tu soberano y el mío, te manda que abras las puertas; y si no lo hicieses, Benjamin de Rohan, te declaro de lesa majestad en primer grado y pechero con toda tu descendencia: tus casas y las de tus parciales serán destruidas.» Rohan oyó esta intimación con el sombrero puesto, y algunos instantes después envió la siguiente respuesta: «Soy el más humilde servidor del rey, pero no depende de mi voluntad obedecer sus órdenes.»

vendidos á vil precio, en retener el diezmo de las pensiones, en demoler las fortalezas interiores. Estos eran otros tantos tiros asestados contra la nobleza, que manifestó grave descontento. Pero Richelieu pareció ceder al unánime voto. Sólo en un punto se le contradijo, y para eso fué de resultas de un concierto que él mismo había manejado; porque sobre su propuesta que propendía á suavizar las penas aplicadas por delitos de Estado, se dirigió al rey una súplica para que no se apartara del rigor antiguo, y Richelieu pudo castigar severamente, ateniéndose al voto nacional.

Ya se habían prohibido los desafíos, que una susceptibilidad estremada sobre el pundonor hacía muy frecuentes. Sin embargo, se multiplicaron de tal modo, que en menos de veinte años se concedieron ocho mil cédulas de indulto á nobles culpables de homicidio. Richelieu hizo ejecutar con todo rigor las penas pronunciadas por la ley, y el conde de La-Chapelle, el duque de Bouville y otros señores de la más elevada categoría, fueron enviados sin piedad al suplicio.

Un tribunal especial, compuesto de jueces que tenían por misión conocer de los delitos de monederos falsos y otros *crímenes particulares*, fué instrumento de las severidades de Richelieu ó de sus crueldades. Tuvo guardias para velar por su seguridad, y el rey le pagó su firmeza respecto de la nobleza y de la reina madre, nombrándole su primer ministro. Algunos cortesanos, que guiados por un momento de desfavor, se habían mostrado sus adversarios (1629), pagaron caro su atrevimiento y sirvieron de escarmiento á otros, de lo cual se regocijó toda la Francia. Aun quedaba Maria de Médicis, cuya presencia acusaba á Richelieu de ingravidad; persuadió el cardenal al rey la detuviese presa; después favoreció la fuga de esta princesa, que se retiró á Bruselas, cerrándose de este modo ella misma la entrada en Francia.

Gaston de Orleans, como hermano del rey, príncipe ambicioso, aunque desprovisto de talento, se dejó adular por una facción con la esperanza de alcanzar el trono. Pero el coronel Ornano, su ayo, que era el que sembraba en su mente estas ideas, fué preso por orden de Richelieu, cuya vigilante mirada no se dejaba sorprender, y no tardó en morir en su prisión. Irritado el duque de Orleans, reunió otra facción que tenía por jefes al caballero de Vendome, gran prior de Francia, y al conde de Chalais; pero descubrióse la trama, y el conde fué decapitado, lo que aterrorizó á toda la nobleza y desacreditó enteramente al duque de Orleans, cuyo patrocinio fué reconocido como impotente para salvarle del cadalso.

Gaston, que no había querido reconciliarse con el rey, preparaba la guerra civil en unión del duque de Lorena, con cuya hermana se había casado; pero sus proyectos fueron descubiertos por Richelieu, y como fué á unirse con su madre en Bruselas, ambos fueron declarados reos de lesa majestad.

Enrique de Montmorency, duque y par de Fran-

cia, contaba entre sus antepasados cuatro condesables y seis mariscales; era el último vástago de la rama masculina de la ilustre familia de este nombre. Valiente y generoso, había ganado, siendo aun mozo, el baston de mariscal en la batalla de Aviano. Resuelto á concluir las discordias escandalosas de la familia real, derrocando á Richelieu, sublevó el Languedoc, adonde acudió Gaston de Orleans con un puñado de hombres. Pero los protestantes no le secundaron, tan débiles se hallaban: cerráronle las puertas las ciudades, abandonaron los aldeanos á sus libertadores, y los insurgentes fueron batidos en Castelnaudary. El duque de Lorena, que se armaba en interés de España y Austria, se vió obligado á abandonar su país á Francia, que adelantó sus fronteras hasta el Mosa y el Rin, y pereció la *nación* lorenesa. Herido Montmorency, fué hecho prisionero en el campo de batalla, procesado y decapitado, á pesar de todas las súplicas que intercedieron en su favor (1682). El implacable ministro probaba al derramar sangre tan ilustre, que ni la categoría, ni la gloria, ni los servicios hallaban gracia ante él. Sabía que en Francia abundaban las virtudes militares, y que entre la nobleza era tan comun el valor como rara la obediencia. Ahora bien, quería que obedeciese, y que las cabezas más altas se doblasen, aunque fuera bajo el hacha del verdugo.

Sordo á la compasion, como junta de salvacion que pretende fundar la república, Richelieu llevó la monarquía á su desarrollo por medio del verdugo; abolió las concesiones que María y Enrique se vieron precisados á hacer á la religion, al feudalismo y á las provincias, y destruyó el espíritu de nobleza y de amor patrio de que Francia vivía.

Conociendo cuán aborrecido era, procuró arraigar su poder profundamente. Habiendo muerto el condestable no proveyó este destino; compró por 1.000.000 al duque de Montmorency el cargo de almirante. Nombrado superintendente del comercio y de la marina, se ocupó en su restauracion; y al par que hubo necesidad de fletar buques toscanos para ir en busca de María de Médicis, y á pedir el socorro de los ingleses contra la Rochela, dos años bastaron á Richelieu para equipar veinte y tres buques de guerra, entre los cuales se tuvo por una maravilla la *Corona*, de setenta y dos cañones. La guerra y la diplomacia fueron los dos únicos ramos de gobierno de que se hizo caso: se economizaba en todos los demás, aspirando á moderar los gastos.

En lo interior se ocupó tambien en destruir las causas de tumultos y revueltas. No quiso que los calendarios contuvieran predicciones alarmantes. Sometió los libros á la censura, mandó cerrar las tabernas á horas fijas, prohibió usar armas, dió decretos sobre los comestibles, los carruajes y la limpieza. El clero fué muchas veces inducido ú obligado á imponerse subsidios. En 1629 le ocurrió á Richelieu poner un derecho de 30 sueldos por cada libra de tabaco que no procedía de las islas fran-

cesas. Favoreció los establecimientos de la Martinica, de la Guadalupe, de la Tortuga, del Canadá, y alentó á las compañías en interés del comercio, ignorándose todavia que se necesita libertad ante todo. Habiendo encontrado exhausto el tesoro, recurrió á expedientes extraordinarios, reanimó el crédito estableciendo un orden severo en la contabilidad, y tan perfectamente supo oponer obstáculos á las dilapidaciones, que el sitio de la Rochela costó dos terceras partes menos que el de Montalban, aun habiéndose empleado un ejército mucho más fuerte. Cuando se libertó de los embrazos que resultaban de las guerras, de las disensiones domésticas, de las pasiones de la reina, del espíritu turbulento de la nobleza, Richelieu no perfeccionó, pero caminó al perfeccionamiento de la administracion. Introdujo en los negocios una severidad desconocida hasta entonces. A veces se engañó en los medios; pero sienpre aspiró á la grandeza de la Francia, y quiso obtenerla con economia y orden en los gastos (9).

Nunca había manifestado el poder tanta firmeza para atraerse todas las fuerzas sociales, triunfando de todo lo que resistiera, ora fuese el Austria, ora la familia real, ora la nobleza, y empleando como instrumentos la guerra, la marina, la literatura. De

(9) «Cuando V. M. (dijo en la relacion sucinta de todas las hazañas del rey) se resolvió á darme á un mismo tiempo entrada en sus consejos y gran parte en su confianza para la direccion de los negocios, puedo decir con verdad que los hugonotes participaban con el trono del poder del Estado; que los grandes se conducian como si no fueran súbditos, y que los más poderosos gobernadores obraban como soberanos en sus empleos... Puedo decir que cada cual media su mérito por su audacia, y que los más emprendedores eran considerados como más prudentes y á veces como los más venturosos. Puedo decir además que las alianzas extranjeras eran menospreciadas, los intereses privados preferidos á los intereses públicos; en suma, tan mermada estaba la autoridad de V. M., que era imposible reconocerla.»

Luego hace notar la diferente condicion del rey en la guerra de 1635 á 1640. «Apenas creará la posteridad que en esta guerra fuera capaz este reino de mantener siete ejércitos de tierra y dos navales, sin contar los de los aliados, á cuya subsistencia no ha contribuido poco. Sin embargo, es cierto que además de un poderoso ejército de veinte mil hombres de infantería, y de seis mil caballos que tuvisteis siempre en Picardia para atacar á vuestros enemigos, mantuvisteis siempre en la misma provincia otro compuesto de diez mil hombres de á pié y de cuatro mil caballos para impedir la entrada de esta frontera. Es verdad además que tuvisteis siempre otro de igual fuerza que este último en Champaña, otro lo mismo en Borgoña, uno no menos poderoso en Alemania, otro bastante considerable en Italia, y además otro en la Valtelina durante cierto tiempo.»

«Aunque vuestros predecesores menospreciaran el mar hasta el extremo de no tener el difunto rey vuestro padre un solo buque, V. M. no ha cesado de tener en el mar Mediterráneo durante el curso de esta guerra, veinte galeras y veinte buques redondos, y en el Océano más de setenta bien equipados.»

esta suerte allanaba Richelieu el camino á la monarquía absoluta de Luis XIV; pero al mismo tiempo se hacia precursor de la Revolucion. Efectivamente, sustituyendo la nobleza de la corte á la valiente nobleza de provincia, sembraba gérmenes de trastornos distantes; destruyendo las ideas del deber, la obediencia que imponía por fuerza habia de producir revueltas. Apartando todos los obstáculos que cercenaban la autoridad de los reyes, no dejó ninguno para oponerse á sus caprichos, que debían provocar una reaccion. Hizo al ministro omnipotente; pero su nombramiento y su destitucion dependieron del monarca, á quien ya nada puso límites en sus excesos, y cuyo trono ya no se apoyó en adelante, ni en el afecto ni en el interés de los súbditos. En suma, Richelieu dió á la monarquía una gran majestad; pero no se apercibió de que detrás de ella se levantaban el poder del pensamiento y la inteligencia filosófica, muy temibles bajo otro concepto, y á las cuales no es posible dominar.

Fray José.—Richelieu, dueño de Luis XIII, tenia á su vez por dueño al capuchino José, de la noble familia de Tremblay. Habiendo conocido su actividad y la prontitud de su inteligencia, se le hizo adicto. Llamábanle la *eminencia gris* por su hábito de franciscano, y Richelieu le denominaba su brazo derecho. Le habia confiado las negociaciones más espinosas en Italia, en Suiza, en Alemania. Así decia: «Nadie puede hacer la barba á mi capuchino por muy larga que la lleve.» Consagrado enteramente á su patria, grande en sus ideas políticas, este fraile pensaba en una cruzada para la emancipacion de la Grecia. Sometia proyectos gigantescos al rey y á su ministro, y sustentaba la energia de ambos en sus instantes de desaliento; porque haciendo ver la vida religiosa un deber, una mision en cada cosa, impide dejarse abatir por el mal éxito ó por la ingratitud. En el momento en que estaba próximo á espirar, el cardenal llegó á decirle: «¡Valor, padre! Brisac es nuestro;» y sus ojos brillaron aun con viva lumbré. Pero se estinguíó muy en breve, y Richelieu exclamó de resultas: «Pierdo mi consuelo, mi único apoyo, mi confidente, mi amigo.»

«Además todos los años habeis socorrido á los holandeses con mil doscientas libras, y con más algunas veces, y con más de un millon el duque de Saboya; con igual suma á la corona de Suecia, al landgrave de Hesse con doscientos mil rixdales, y á otros diversos príncipes con diferentes cantidades segun las ocasiones lo han exigido.»

«Estas cargas tan excesivas han hecho que durante cada uno de los cinco años que Francia ha soportado la guerra, suban los gastos á más de 60 millones, y esto es tanto más admirable cuanto que se ha sostenido sin quitar sus gajes á los oficiales, sin tocar á las rentas de los particulares, y hasta sin pedir ninguna enajenacion de los bienes del clero; medios extraordinarios todos á que se vieron obligados á recurrir vuestros antecesores en menores guerras,» etc.

Mucho le necesitaba para sostenerse en medio de las conjuraciones que se multiplicaban en su contra, y á la cabeza de ellas se encontraba siempre el duque de Orleans, que hasta mandó asesinarle. Mientras que para humillar al Austria en la guerra de los Treinta Años favorecia en Alemania á los protestantes, á quienes abatió en Francia, los españoles invadieron la Picardia, la Borgoña y la Guiana: París tembló; hasta el mismo Richelieu sintió susto; cediendo á la indignacion pública iba ya á abandonar el ministerio; pero reanimando el padre José su valor, le aconsejó que montase á caballo y recorriese las calles de París como si no temiera nada. Esta intrepidez le granjeó nuevamente la voluntad del pueblo, quien le acompañó con sus aplausos. Así á su vuelta le estrechó entre sus brazos el enérgico capuchino exclamando: «¿No os dije que érais una gallina mojada, y que con un poco de audacia y frunciendo las cejas volveriais las cosas á su antiguo ser y estado?»

Con efecto, los enemigos son rechazados, el duque de Orleans se reconcilia y el rigor comprime los disturbios que engendra la imposicion de nuevos tributos. Pero á este tiempo estaba urdida una conjuracion más seria por el marqués de Cinq-Mars. Habia sido colocado por Richelieu en calidad de caballero mayor cerca de Luis XIII para apartar de su lado á toda persona mal dispuesta hácia el ministro; pero cansado de su papel de espía, fuerte con el ascendiente que sobre el rey ejercia, resolvió aprovecharlo, le reconcilió con muchos de la oposicion, y se entendió con éstos para derribar á Richelieu y restablecer el partido feudal. Contrariado en sus esperanzas el versátil Gaston de Orleans con el nacimiento del delfin, á quien proclamaba bastardo, entró en la trama, y el ministro español Olivares prometió ayudar á los conjurados.

Richelieu, enfermo entonces, ignoraba la conjuracion que se urdia en su daño, y no hubiera estado en disposicion de destruirla; pero sus espías, siempre en acecho, le proporcionaron el tratado de Cinq-Mars con la España. El caballero mayor fué preso y decapitado juntamente con el hijo del historiador De-Thou. Inducido por el miedo el cobarde Gaston de Orleans á confesar sus manejos, fué degradado por el perdon, y el cardenal se ostentó á consecuencia de ello más poderoso, porque estas tramas urdidas con el extranjero ponian entonces de manifiesto lo mucho que tenia de nacional.

Richelieu habia adoptado en la política exterior el plan de Enrique IV, procurando sustituir una balanza política á la unidad que habia roto la Reforma. Para arrebatar al Austria la supremacía que hubiera podido privar á Francia la iniciativa intelectual, no menos que para conciliarse un puesto de mediador entre el espíritu germánico y el espíritu romano, combatió á la España é intervino en la guerra de los Treinta Años, preparando así á la Francia á una paz que la restituyese la im-

portancia que le habían quitado sus discordias intestinas (10).

Richelieu fué el hombre más insigne de su tiempo si se miden sus actos, no por su moralidad, sino por su objeto. Ofrece el verdadero modelo de un ministro, si conviene á este puesto un juicio excelente, un espíritu desenvuelto, aptitud para concebir grandes cosas y perseverancia para ejecutarlas, sin debilidad de corazón, sin escrúpulo de virtud, sin miramientos á la moral ni á la opinión.

En el lecho de muerte (1642) escribía al rey: «Señor, vuestras armas están en Perpiñan y vuestros enemigos destruidos.» Y como su confesor le exhortara á perdonar á sus enemigos, le contestó: «Jamás tuve otros enemigos que los del Estado.» Maria de Médicis le había precedido de cinco meses al sepulcro. Escribía en su *testamento*: «Prometí al rey emplear todo mi ingenio, y la autoridad que le pluguiera atribuirme, en estirpar al partido hugonote, en abatir el orgullo de los grandes, en reducir á todos los súbditos al cumplimiento de su deber, y en levantar su nombre entre los extranjeros hasta el punto que le conviene.» Tan exacta idea tenía de la obra que había comenzado. Ahora bien, lo consiguió en medio de obstáculos, de intrigas, de disgustos de toda especie. Tuvo en medio de aquella multitud de grandes que había humillado, y en todos los protestantes, terribles enemigos. Así los castigos ejercidos en virtud de la estricta legalidad y de la necesidad en que se hallaba de reprimir á los nobles turbulentos y á los hugonotes rebeldes, parecieron resultado de venganzas personales.

Es muy difícil discernir lo verdadero de lo falso en esa multitud de anécdotas de que han sido objeto sus amores. Haciendo entrar la política hasta en la galantería, procuró hacerse agradable á los ojos de la reina Ana de Austria, y llegó á dominarla, por cuyo medio consiguió tenerla apartada siempre del lado del rey (11).

Distribuyó en su testamento con una gran generosidad sus riquezas legando al rey el Palacio Cardenal, que bajo el nombre de Palacio Real debía

(10) Richelieu en su *Testamento político* dice, que siempre había tendido á la emancipación europea: si intervenía en los asuntos de Italia, de Alemania, ó de los Países-Bajos, era siempre por salvarlos de la opresión española y de la tiranía de la casa de Austria, cuya insaciable ambición la hacía temible, convirtiéndola en enemiga del reposo de la cristiandad; aspiraba á detener sus usurpaciones; haciéndola restituir lo que había usurpado en Suiza é Italia, para asegurar la integridad de ésta contra su injusta opresión y velar por el bienestar de toda la Italia.

(11) Hállanse algunos detalles sobre el modo de vivir de Richelieu en la colección de Petitot, t. X de la segunda serie, p. 100.—Se acostaba á las once: después de dormir tres ó cuatro horas se hacía traer los despachos, y redactaba ó ponía la minuta de las respuestas. Volvía á dormir á las seis y se levantaba otra vez á las ocho. Después de orar entraban los secretarios á que les diera las minutas. Se vestía enseguida, recibía á los ministros, en lo cual se ocupaba hasta las diez ó las once, hora en que iba á misa;

llegar á ser posteriormente centro del lujo, de las intrigas y de la corrupción. Escribía con facilidad, inventaba asuntos para los poetas cómicos, y se le atribuye la historia de Mezeray. Hizo también la tragedia de Mirame representada delante del rey y de la reina con máquinas por las cuales se figuraba la salida del sol y de la luna, y aparecer á lo lejos el mar cubierto de bajeles (MAROLLES). Dejó además obras de teología, así como sus *Memorias* y su *Testamento político*, manual de las trapisondas de gabinete. Protegió las letras, ó por mejor decir, á ciertos escritores que, celebrando sus alabanzas, debían hacer ilusión á la posteridad, porque más de un hombre experimenta al envejecer la necesidad de respirar los perfumes de la gloria. Muchos literatos se reunían en casa de Valentin Conrart, calvinista, que no tenía de sabio más que la pretensión de pasar por tal, y en cuya casa discutían puntos de política y de literatura. El espíritu receloso de Richelieu concibió la idea de tomar esta reunión bajo su patrocinio, es decir, de colocarla bajo la dependencia del gobierno. Aunque la proposición sedujo poco á las gentes que conocían su objeto, no osó nadie resistirse, así se creó la Academia, que redujo también á las letras á snifrir como todo lo demás la disciplina monárquica.

Los miembros de la academia fueron en número de cuarenta, y para mantenerla mejor bajo su dependencia Richelieu dió allí entrada á los grandes dignatarios. La lengua fué la principal ocupación de esta asamblea, y ella fué la que publicó el mejor diccionario. Más de una vez sirvió á las pasiones del ministro, y muchos de sus miembros sostuvieron en sus escritos los principios despóticos que seguía. Gabriel Naudé publicó entonces sus *Golpes de Estado*, donde justifica al estilo de Maquiavelo las iniquidades porverchosas, y demuestra que el fin santifica los medios. Balzac

luego si se lo permitía la estación, daba un paseo por los jardines, y admitía en audiencia á los que tenían permiso para entrar á ella. Al medio día se ponían las mesas; la primera, que era la suya, de catorce cubiertos, la segunda de treinta para los nobles que estaban convidados; otra más numerosa para los oficiales y pajes de su casa; la última para los criados, cocineros, etc. Después de comer conferenciaba una ó dos horas con sus familiares y con literatos. El resto del día se empleaba en trabajar, ó en conferenciar con los embajadores y los grandes. Por la tarde paseaba segunda vez, dando de nuevo audiencias. Luego volvía á entrar en su casa y no se ocupaba más en los negocios de Estado, sino de música, de lectura ó de libros entretenidos, diciendo que antes de dormir convenía ocuparse en cosas ni muy alegres ni muy tristes. Rara vez decía misa; pero se confesaba todas las semanas y comulgaba el domingo en su aposento, administrándole este sacramento el capellan cuando se despertaba: luego se volvía á acostar para levantarse á la hora de costumbre. El papa le había dispensado de rezar las diferentes horas canónicas. Estimaba á los predicadores de fama, y los llamaba á su aposento para que le predicaran á solas. Si le agradaban obtenían beneficios y obispos.

sostiene en el libro del *Príncipe*, que el rey puede todo lo que quiere, así como mandar prender á un ciudadano por una simple sospecha, en contradicción de lo que predicán los jesuitas desde el púlpito (12).

También hubiera querido Richelieu poner á la Iglesia bajo la dependencia de la monarquía. No economizó escritos ni manejos para abatir la supremacía pontificia, y para atraer los nombramientos al gobierno, y de seguro no dependió de su voluntad que Francia dejase de ser cismática, según veemos más adelante.

Muerte de Luis XIII, 14 de Mayo de 1643.—Lo que llevamos dicho de Richelieu nos dispensará de hablar de Luis XIII, quien murió poco después que su ministro á la edad de cuarenta y dos años. Sombrío y melancólico este príncipe, no disfrutaba los placeres de la grandeza ni las delicias de la vida privada. Abandonando sin pesadumbre á sus enemigos y á sus queridas,

(12) «Déjese gritar á una rancia teología en las escuelas y en los púlpitos donde enseña que se debe prohibir un mal pequeño aunque pueda resultar un bien grande. ¿No sostiene que se debe dejar perder el mundo, aunque no puede salvarse sino con un pecado? t. XVII.

tenía necesidad de ser dominado, y sin embargo, no sabía resignarse á la dominación. A pesar de tantas intrigas y del desvío que experimentaba hacia su ministro, no podía pasarse sin él, porque cubría su nulidad, y supo mantener á la Francia grande y temible en medio de sus numerosos enemigos. En medio de una corte depravada, la devoción templó en Luis XIII su afición al bello sexo. Necesitaba de una favorita que se ocupara especialmente de su persona, como de un ministro para tratar los negocios en su lugar. Así mademoiselle de Hautefort, ligera é indiscreta, no pudo mantenerse en favor, mientras que mademoiselle de La Fayette, amable y virtuosa, conservó sobre él grande imperio. Jamás amó á Ana de Austria, hasta tal punto, que se creyó estéril su tálamo por largo tiempo. Pero al fin, cuando se anunció la preñez de la reina se multiplicaron las predicciones. Entre otros, un pastor anunció que Santa Ana se le había aparecido anunciándole que la reina pariría el sábado 4 de setiembre. Con efecto, este día sintió los dolores del parto; pero no salió de ellos hasta el 6, rodeada de reliquias y ceñida con una banda de la Virgen. Así nació Luis XIV, endeble vástago de los Borbones, si bien estaba destinado á levantar el edificio, cuyo asiento había indicado Enrique IV, y que se había ocupado en nivelar sin piedad.